

# VISIONARIOS QUE FORJAN EL CAMBIO

Charles Ludwig

Nunca imaginé que 2025, un año perfecto, me traería una aventura como la que voy a relatar ahora. Todo comenzó la víspera del día de Reyes mientras leía tranquilamente en mi habitación. Un destello de luz iluminó la estancia y, de la nada, aparecieron tres formidables figuras que supe reconocer en seguida.

El primero era un hombre de baja estatura, con un uniforme militar como atavío. Su mano, metida bajo el abrigo, y con mirada astuta, de determinación absoluta, resaltaba su porte, imponente a pesar de su estatura. Efectivamente, hablamos del genio estratega Napoleón Bonaparte. Más allá de su imagen de conquistador, había en él una mente analítica, calculadora, siempre atenta y perspicaz. Sus palabras no eran solo órdenes de mando, sino reflexiones profundas utilizando su gran capacidad de pensamiento crítico.

A su lado, un hombre pálido, con aire melancólico y soñador. Su expresión era un equilibrio entre la nostalgia y la inspiración, como si cada sombra y cada brisa fueran una historia que espera ser contada. Sus ojos oscuros tenían un brillo etéreo, casi mágico, como si su alma navegara entre los suspiros del viento y los recuerdos de los enamorados que habían pronunciado sus versos. Su poesía no solo era escrita, sino vivida, y sus palabras tenían el poder de dar forma a lo invisible. Por supuesto, estoy describiendo al reconocido poeta Gustavo Adolfo Bécquer, uno de los más importantes del Romanticismo español y europeo. Para él, la existencia era un compendio de emociones y su mayor tragedia era no saber expresar lo que el alma deseaba. Su vida había sido una lucha contra el olvido, una búsqueda incansable de la belleza en un mundo muchas veces cruel.

El tercero tenía una expresión serena y su sonrisa irradiaba paz eterna. Su túnica blanca contrastaba con la intensidad penetrante de sus ojos. Su postura era humilde, pero transmitía una fuerza inquebrantable. Su única arma, la convicción, revelaba que la verdadera revolución nace del espíritu. Este, no es otro que el gran pacifista Mahatma Gandhi. Había cambiado la historia con su resistencia pacífica, demostrando que la fuerza no reside en la violencia, sino en la voluntad de mantenerse firme en la verdad. Su vida había sido un ejemplo de sacrificio, compasión y amor por la humanidad, y en su voz se percibía la sabiduría de quien ha encontrado la paz en medio de la adversidad.

Estaba completamente colapsado. Sobresaltado. Conmocionado. Boquiabierto. Tres genios del pasado se habían presentado en mi habitación, ante mí.

—¡Ah! Así que esto es el futuro —exclamó Bécquer con cierto asombro.

—¿Qué? ¿Cómo han...? ¿Estoy soñando? —dije frotándome los ojos.

Napoleón, adelantándose, avanzó con paso firme hacia el escritorio y miró los apuntes que tenía sobre él. Yo me levanté de la cama. Eran argumentos para un torneo de debate.

—Interesante, ¿Acaso buscas conquistar ideas como yo conquisté tierras?

—Algo así —murmuré atónito.

—Muy bien, pero decidme, joven, ¿cómo se hace la guerra en estos tiempos?

Me quedé pensativo. Sin palabras. ¿Qué respuesta posible había ante una pregunta cómo aquella?, más si era formulada por Bonaparte. Pocos segundos después supe decir:

—Este mundo no es de las guerras del siglo XIX, mi General. Ahora se trata de una carrera entre las potencias mundiales por la innovación.

—Interesante. ¿Quieres decir que no hay guerras bélicas, sino económicas y políticas?

—Exacto.

—En cualquier caso, ven, te explicaré algo que nunca debes olvidar si quieres dominar tu mente.

Me ordenó sentar en la silla del escritorio y él, en una ubicada al lado de la cama. Repentinamente, de la nada, apareció un tablero de ajedrez de dimensiones considerables.

—El ajedrez. Por definición, es la guerra sin sangre, y la guerra, el ajedrez con ella. Cada decisión tiene una consecuencia, cada sacrificio una razón de ser ¿Sabes cuál es la pieza más importante? —me interrogó.

—El rey—respondí sin pensar.

Sonrió apenas.

—No, es el peón. Porque avanza con determinación y puede llegar a ser lo que desee. Aun así, recuerda que todos tenemos una misión que cumplir en este mundo. Así es la vida, joven. La posición inicial no determina el final de la partida. Solo la estrategia, la disciplina y la voluntad pueden llevaros hasta lo más alto. Las batallas no las ganan los ejércitos formados por los hombres más fuertes o veloces, sino aquellos que tienen la convicción del triunfo.

Me habló de la importancia de la planificación, de cómo cada decisión debe tomarse con determinación. Pero también me habló de la mente, de que comprender a los demás es tan importante como comprenderse a uno mismo. Para todo ello, me dijo, que se necesita una estrategia.

—Imagina que este tablero es el mundo —continuó—. Cada pieza tiene una misión, un trabajo a realizar. Si una falla, las demás puede que también. El mundo, en cualquier época, ha sido objeto de constantes errores por nuestra parte que han contribuido a su debilidad.

Dejando de lado el ajedrez, me enseñó cómo llevar las situaciones sin perder el control, estudiarlas, analizarlas y llevarlas a mi terreno para la victoria.

—La verdadera maestría es hacer creer al adversario que aún tiene el control. Domina tu mente, conoce la del adversario, analízala, anticipa a cada uno de sus movimientos. La estrategia no es solo un acto de guerra, sino un acto de previsión y una posterior reflexión crítica.

—Pero no olvides uno de los aspectos más importantes para triunfar —prosiguió—. Un líder no es solo aquel que ordena sino el que prevé, el que guía a los demás sin necesidad de imponer su yugo. La inspiración es un arma poderosa que un líder debe saber transmitir con sus palabras y sus actos a sus seguidores.

Además, me enseñó que el liderazgo no es solo dar órdenes, sino alentar a otros a seguirte. Me hizo recorrer mentalmente sus batallas, cómo la moral de un ejército, la velocidad de las comunicaciones y el dominio del terreno podían ser incluso más importantes que el número de soldados. Aprendí que incluso los grandes caudillos cometen errores fatales cuando la arrogancia nubla su juicio.

—La victoria pertenece al más perseverante —declaró con una mirada que traspasaba el tiempo.

\* \* \*

Cuando Napoleón terminó, Bécquer se acercó, con los ojos brillantes como si acabara de presenciar una obra de arte.

—Has aprendido sobre la estructura del mundo, estrategia y pensamiento crítico. Pero dime, ¿qué haces con lo que sientes? ¿Acaso le das forma o lo dejas escapar entre los días sin nombre?

No me salían las palabras.

—Veo que lees —continuó sin esperar una respuesta, dirigiendo una mirada al libro que había dejado encima de la cama. Volviéndose hacia mí, me preguntó— Pero ¿Sabes quién redacta esas obras de las que tú disfrutas?

—Los escritores —respondí lacónicamente.

—Supongo que sabrás que yo soy uno de ellos, ¿no? Pero mi trabajo es distinto. No me dedico a inundar páginas y páginas de palabras, sino a encontrar la palabra precisa para el sentimiento preciso. Ahora bien, ¿Escribes?

—A veces —respondí, algo avergonzado.

—Entonces, sigue haciéndolo. No hay mayor conquista que la de un corazón que se reconoce a sí mismo en sus propias palabras.

No supe responder. Él sacó un cuaderno y comenzó a escribir con rapidez. Cuando terminó, me lo pasó y reconocí un conocido poema suyo: la Rima VII. Uno que me dejó aún más perplejo de lo que ya estaba. Sonrió y dijo:

—Las palabras son el alma de la humanidad. Son ese genio dormido del que habla el poema. ¡Despiértalo de una vez! Nos permiten comprendernos, recordar, soñar... Si no puedes exteriorizar lo que sientes, terminarás olvidándolo. Este poema, que nos muestra las hostilidades humanas hacia lo desconocido o inusual, también manifiesta que somos cobardes. Pero el corazón no es cobarde, siente, experimenta, y lo expresa sin rodeos. Por lo tanto, es importante leer para aprender, pero también es importante escribir para enseñar a aquellos que no saben expresarse. ¿Dónde almacenarías, si no, todas las emociones o los sentimientos que vas experimentando? ¿Dejarías caer en el olvido estos diamantes de fuego puro, más cuando el corazón rebosa ardiendo de amor?

—No sé...

—Ahí está el problema. Que no se sabe qué hacer con esas perlas. Pero dime, ¿Dónde recogemos nuestro pasado, nuestra historia, nuestro origen?

—En los libros.

—¿Y qué contienen lo libros?

—Palabras.

—Palabras. Precisamente. Palabras que describen cómo somos, muestran nuestros pensamientos, relatan nuestras aventuras, pero, sobre todo, nos ayudan a moldear aquello que impulsa nuestro corazón a latir más y más fuerte. Las personas podemos desahogarnos de muchas maneras para expresar lo que sentimos. La más bella de todas es la escritura, porque cada uno lo configura con su estilo, dando la oportunidad que tanto el escritor como el lector le den el sentido que ellos deseen.

Bécquer me habló entonces sobre la importancia de la belleza y la sensibilidad de encontrar sentido en lo intangible. También me hizo reflexionar acerca de que la verdadera libertad se gana cuando dejamos de pensar en lo que los demás piensan de uno mismo. Me dijo que la historia recordaba a los reyes y a los grandes filósofos, pero que eran los poetas quienes mantenían vivo el espíritu de una civilización. Me enseñó que la escritura no es solo una forma de expresión, sino una forma de inmortalidad.

Gandhi, que había permanecido expectante y en silencio hasta ese momento, tomó la palabra:

—Has aprendido acerca de la insaciable mente humana y la fortaleza del corazón, pero te falta combinar estos dos potenciales para actuar y tomar decisiones adecuadamente. Pero antes de proseguir permíteme plantearte la siguiente cuestión: ¿Es más real e importante lo que sentimos o lo que pensamos?

Me quedé absorto, sin tener noción del tiempo, meditando dicha pregunta. Al final respondí nada convencido:

—Lo que pensamos.

—Mal. En ese caso, solo estás utilizando el razonamiento.

—Lo que sentimos.

—Mal también. En este otro, solo usas el corazón. En realidad, no hay una respuesta concreta a esta pregunta —prosiguió el humanista—, sino que es el engranaje de los dos, el que hace que actuemos como lo hacemos.

—Es decir, lo que nos hace humanos.

—No exactamente. Una persona, por mucho que camine a dos patas y sea racional, no significa que utilice adecuadamente esas herramientas. Seguro que debes haber oído hablar de mentes brillantes que resuelven enigmas complejos de matemáticas, física, química o filosofía... Pero, desgraciadamente, algunos pecan de la ausencia de una cualidad, puede que incluso más importante que su mente: la humildad. Su ego les cierra las puertas a la verdad. En definitiva, todos somos portadores de una mente que nos equilibra y un corazón que nos da ilusión, pero está en nuestras manos cómo utilizamos estos potenciales.

Tras un largo silencio, para digerir aquello que me acababa de confiar, profundizamos más acerca de cómo combinar la cabeza y el corazón para tomar decisiones correctas y actuar debidamente. Lo que necesita la mente, que sí posee el corazón, es la ilusión que nos impulsa a hacer cualquier actividad. En cambio, lo que necesita el corazón, que sí tiene la mente, es el temple que invita a frenar y reflexionar ante los deseos impetuosos que las emociones desatan en nuestro cuerpo.

—La verdadera fortaleza no reside en las armas ni en la violencia, sino en el espíritu de cada uno. Un hombre solo es verdaderamente libre cuando encuentra la paz en sí mismo. No es más fuerte quien vence, sino aquel que persiste sin odio en el corazón.

Me habló del poder de la compasión, de cómo la verdadera grandeza está en servir a los demás. Me explicó que la no violencia no es pasividad, sino la mayor forma de valentía. Me enseñó que la humanidad es un tapiz tejido con hilos de amor y justicia, y que cada acción que realizamos afecta a los demás de formas que no podemos prever.

—No temas ser diferente —me dijo—. No temas ir a contracorriente si estás convencido de que sigues el camino correcto. No busques la gloria en la victoria sobre los demás, sino en la victoria sobre tí mismo. Aplaca tu ego, cultiva la empatía y recuerda que la paz no es un destino o un resultado, sino un camino.

Además, me invitó a reposar sobre mi cama para enseñarme a realizar un pequeño ejercicio:

—Practica el silencio durante una hora cada día. Aprovecha esa oportunidad para abrir tu alma y reflexionar acerca de tus pensamientos, tus palabras, tus sentimientos y tus acciones. Observa y analiza cómo influyen en tu manera de ser, en tus interacciones con los demás y en tu percepción de lo que ocurre a tu alrededor. En descubrir tus errores, corrígelos, y, en cuanto a tus aciertos, siempre hay margen de mejora. Es más, te invito a que este sencillo ejercicio, lo lleves a cabo al término de cada día, esforzándote en estudiar cómo han sido tus veinticuatro horas del día.

—Pero, señor, ¿una hora? Es mucho, recuerde que tengo una familia que cuidar, unos estudios que atender y unos amigos con los que disfrutar.

Comprendiendo mi expresión confusa y adentrando la mano en su manto, añadió:

—No te preocupes, analiza su finalidad y lo comprenderás. Pero te pondré otro ejemplo. Mira, este reloj simboliza el tiempo, nuestro recurso máspreciado. En realidad, no importa el cuánto, sino el cómo utilizas ese tiempo. Al fin y al cabo, eso repercutirá en tí, y como consecuencia, de una manera o de otra, en los que te rodean.

—Hummmm... Cuantas enseñanzas tan interesantes... Me viene a la cabeza una escena de la película *El Señor de los Anillos: La Comunidad del Anillo*. Se trata de una conversación entre Gandalf y Frodo en las minas de Moria, donde el mago le dice al hobbit, entre otras cosas, que un solo acto de una sola persona tiene unas consecuencias u otras dependiendo de la decisión que haya tomado. Por eso, me habéis enseñado a analizar y a apreciar lo mejor posible las situaciones que se nos presentan. Además, también le dice que hay circunstancias que se nos plantean a lo largo de la vida que no podemos decidir ni controlar, sino que la única decisión posible que sí podemos gestionar nosotros es qué hacer con el tiempo que nos ha sido concedido.

—¡Bien! ¡Muy bien! Aprendes rápido chico.

—¡Y que lo diga!, señor Gandhi —añadió Napoleón.

—Por eso te escogimos —puntualizó el poeta— porque sabemos que eres capaz de cambiar el mundo y convertirte en uno de nosotros.

La noche avanzó entre risas y lágrimas, experimentos y reflexiones. Me contaron sus vidas, sus hazañas y sus errores. Napoleón me mostró que la verdadera genialidad no es ganar siempre, sino saber cuándo retirarse, porque esa puede ser la victoria más importante. Bécquer me recordó que, sin emoción, la vida es solo un cúmulo de días vacíos. Por último, Gandhi me

enseñó que la fusión entre la razón y la pasión es lo que permite tomar las decisiones más acertadas.

Antes de marcharse, cada uno me dejó un último consejo.

Napoleón tocó mi frente con su dedo, y con firmeza, declaró:

—El razonamiento es tu mayor herramienta, cuídala, aliméntala, ejercítala y fortalécela para que sea inquebrantable. Piensa, calcula, analiza, reflexiona. Sólo entonces, saldrás siempre vencedor. Pero no temas al fracaso, porque, en realidad, no existe: se gana, se aprende o las dos, pero nunca se pierde. La gloria no es para los que nunca caen, sino para los que se levantan con más fuerza.

—Te concedo el verdadero honor del cuidado de este ajedrez con el que te he instruido y he compartido todo mi conocimiento sobre la mente, la estrategia, el razonamiento y la reflexión. Para que lo uses en situaciones difíciles y complejas, y recuerdes lo que un día te dijo Napoleón Bonaparte.

Bécquer, con su voz melancólica, añadió:

—Sigue leyendo. Porque solo así, además de aprender, cultivarás tu humildad frente a los genios, cuyo conocimiento perdura gracias a los libros. Recuerda que ellos también han pasado por dónde estás tú ahora: en el proceso de aceptación de uno mismo y de aprendizaje. Escribe. Porque las palabras dan forma a nuestras emociones, a lo que éramos, somos y podríamos ser. Despierta ese genio dormido en la aurora del alma y desata esa llama de amor que necesita desesperadamente este mundo.

—Te entrego este cuaderno, que me ha seguido a todas partes, dándome la oportunidad de expresar lo que siento mediante mi arte: la poesía. Lo mismo quiero que experimentes tú, que sientas de verdad de lo que un día te enseñó Gustavo Adolfo Bécquer.

Gandhi me dirigió una mirada penetrante, pero cálida a la vez.

—No esperes. Nadie lo hará. El tiempo tampoco. Sé tú la esperanza de todos. Sé tú la luz en la ignorancia. Añade la ilusión, la voluntad y la esperanza necesarias en aquello que hacemos, pero impón orden y equilibrio con tu cabeza. Una mente sin uso y un corazón sin sentir son como un río que se seca antes de llegar al mar: toda su fuerza, toda su esencia, se pierde en la nada antes de fructificar.

—Yo, por mi parte, te confío este reloj de arena. Úsalo en tus momentos de reflexión para recordar que cada instante es infinitamente valioso y que nuestras acciones, por pequeñas que sean, pueden generar un impacto significativo en el mundo a lo largo de los años. No olvides que en tus manos está tu destino y el de otros. Si quieres cambiar el mundo, acuérdate de lo que una vez te explicó Mahatma Gandhi: empieza por ti.

—Aprende del pasado —comentó Bécquer.

—En el presente, sé el cambio que quieres ver —agregó Napoleón.

—Y el resultado es el futuro —matizó Gandhi.

Otro destello de luz cegador, pasos y murmullos: “¡Recuérdalo!”, “Cambia el mundo”, “Que no haya sido en vano”, “¡Se fuerte!”, “Eres el futuro” ... Cuando conseguí entreabrir los ojos en medio de aquel resplandor, ya no estaban. Pero me dejaron algo más valioso que su presencia: su legado. Antes de olvidar las enseñanzas que, con tanta paciencia y esmero me compartieron, tomé el cuaderno, un lápiz y empecé a escribir. Desde ese día, todo cambió. Mis reflexiones eran más analíticas, mis palabras más sentidas y mis decisiones más racionales y emotivas a la vez. Porque, aunque el tiempo pase, los grandes genios nunca mueren.

Y tal vez, solo tal vez, si continúo aplicando los consejos que me enseñaron una noche tenga la dicha de que vuelvan a visitarme.